3788

13

23

LOS DOS PRIMOS,

ó

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

Juguete lírico en un acto,

ARREGLADO DEL FRANCÉS

POR

DON JUAN BELZA.

Representado con aplauso en el teatro de Variedades el dia 15 de Setiembre de 1856.

M. P. D.

MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.
Cava-baja, n.º 19, bajo.
Octubre 1856.

PERSONAGES.	ACTORES.
MATILDE..	*Doña Matilde Vargas.*
FEDERICO.	*Don Pedro Rojas.*
FELICIANO.	*Don Francisco de Coria.*
DON JUDAS.	*Don Ceferino Hernandez.*

La escena pasa en Madrid, en la cárcel del Saladero.

Este juguete pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

ACTO ÚNICO.

El teatro, dividido por un tabique, representa dos cuartos exactamente iguales de la Alcaidía de la cárcel. En el de la izquierda, ocupado por Feliciano, hay una mesa con papeles, libros y recado de escribir: una cuerda en la derecha hasta la pared del fondo, y en ella colgados algunos pantalones, levita y chaleco. En el de la derecha, que es el de Federico, un piano pegado al tabique de la derecha, y en ambos cuartos camas iguales, mesas de noche y tres sillas.

ESCENA PRIMERA.

FEDERICO. FELICIANO.

(*El primero recostado en una silla próxima al piano, y como absorbido en sus meditaciones. El segundo en la cama, medio dormido.*)

ROMANZA.

Matilde. (*Dentro.*)
Esperanza lisonjera
que mitiga mis dolores,
ven y arrulla mis amores
con tu grato sonreir.

—

Y mis sueños de ventura
en el mar de la esperanza

607849

viento aspiren de bonanza
de sus olas de zafir.

Federico. (*Levantándose de la silla, y cruzándose de brazos.*) La esperanza! Sí, sí!... Estamos frescos!... Pobre niña! bastante haremos con alimentarnos de esperanzas!... Es un escelente manjar!... Y sin embargo, esa inocente jóven, hija del alcaide de esta casa, y á quien me he acostumbrado á amar!... ese ángel que me corresponde tambien con su cariño, hace menos amarga mi situacion. Yo en el Saladero! Yo en la cárcel! (*Dando un puñetazo sobre el piano. Federico se ha levantado y venido á sentarse en una silla, y se coloca la mano sobre la frente, apoyando el codo en la mesa.*)

Feliciano. Metido yo en esta horrible habitacion!... yo, toda una persona decente!... y por la estúpida consecuencia de haber arrojado á mi casero por las escaleras, y haberle causado dos ó tres escalabraduras, segun dicen... Y quién le mandaba venirme á pedir de una manera grosera é incivil los diez y ocho meses que le debia de alquileres?

Federico. Cómo habia de figurarme que aquel pícaro judío, á quien pedí dinero á préstamo, despues de concederle un 358 por ciento de interés, me hacia firmar, en vez de un pagaré, nada menos que una escritura de depósito: ni cómo tampoco, que semejante documento tuviese una trascendencia tan brutal si no se satisfacia en el acto de la reclamacion!

Feliciano. Tener por paseo ocho piés en cuadro... un centinela por horizonte, y el juego de pelota por única distraccion!... Pues, señor, no deja de ser una existencia divertida para un poeta!

Federico. Maldita suerte la mia! Ser preso cuando pensaba hacer un viaje á Italia!...

Feliciano. Y para consuelo de penas, verse uno timpanizado por un vecino de los mas incómodos!...

Federico. Y para colmo de desgracia, alojado pared por medio del ser mas insoportable del mundo!...

Feliciano. Un hombre que aporrea sin cesar su maldito piano, con el cual me produce crispaciones!...

Federico. Un cristiano que se pasa la vida hacien-

do detestables versos y declamándolos por añadidura!...

Feliciano. Yo, que le tengo horror á ese instrumento cuando lo tocan mal, y que sería capaz de hacerme prender por no escucharlo!

Federico. Vaya usted á buscar inspiraciones con semejante moscon!

Feliciano. Vaya usted á hacer ni una redondilla siquiera con una murga semejante!... En fin, se acerca la hora en que acostumbra á sopapearse con las fusas y semicorcheas; huyo de este sitio, porque sino sería capaz de hacer una barbaridad... Vamos á jugar una partida de damas con los escribientes, y de paso veré á Matilde; á esa ingratilla que no corresponde aun á mis insinuaciones amorosas. Vamos. (*Coge la levita, que está colgada en la cuerda; se la pone y sale por la puerta del fondo.*)

ESCENA II.

FEDERICO. *Poco despues* MATILDE.

Federico. Preso y detenido en el camino de la gloria!... Un compositor de las mejores esperanzas!... Ahora que me habia dedicado á la zarzuela, y que tengo ya una magnífica á medio concluir!... lo que me falta es la letra... un buen libreto... ese Fénix á caza del cual galopa todo compositor novel y desconocido!... Por el pronto yo me he formado mi argumento, y he escrito cualquier cosa; pero esto no me sirve, mi música se merece mucho mas! Esto es para volverse loco!

Matilde. (*A la puerta.*) Se puede entrar?

Federico. Ah! Matilde! Sí, sí, ángel mio, tú sola eres la que me hace soportable esta maldita existencia.

Matilde. (*Con timidez.*) Tengo que dar á usted una buena noticia... al menos para mí.

Federico. (*Con ansiedad.*) La de mi libertad?

Matilde. Cá!... no señor... y casi me alegro que no sea así; porque el amor me ha hecho un poco egoista. Si estuviera usted libre, tal vez no volveria á acordarse de la pobre Matilde.

Federico. Jamás! Te amo verdaderamente, y juro hacerte mi esposa cuando mis circunstancias me lo permitan, y tu padre nos dé su consentimiento.

Matilde. Pues le creo muy bien dispuesto desde que el otro dia le habló usted de nuestro mútuo cariño. Dice que es usted todo un caballero.

Federico. Sí, todo un caballero... preso! Pero, qué buena noticia me traías?

Matilde. A eso voy: como mi padre ha formado muy buena opinion de usted, aceptando el ofrecimiento que le hizo de perfeccionar mi educacion musical, me ha hecho que abandone las lecciones del Conservatorio, y permite que sea usted mi maestro de hoy en adelante...

Federico. Bravo! magnífico!

Matilde. Y aquí estoy, con su permiso, á participárselo á usted.

Federico. No sabes la alegría que mi corazon esperimenta al escucharte: tú serás la primera que cante mi zarzuela. Sí, sí... Tienes una magnífica voz, muy buen estilo y vocalizas perfectamente!

Matilde. Suplico á usted que tenga indulgencia... Soy principianta, y en mí hallará usted únicamente mucha aficion y mejor deseo... pero nada mas.

Federico. Bien, bien... es lo bastante. Yo me encargo de lo demás...

Judas. (*Dentro.*) En el número nueve? Bien; gracias...

Matilde. En el número nueve? es el de este cuarto!... Será alguna visita... me retiro.

Federico. Quién será el importuno?

Matilde. Hasta luego, maestro, hasta luego... amigo mio. (*Sale corriendo por la puerta: un momento despues aparece don Judas.*)

ESCENA III.

FEDERICO. DON JUDAS.

Judas. Perdone usted, caballero!... Es al señor don Federico de la Cruz y Robles á quien tengo el placer de...

Federico. (*Interrumpiéndole.*) De saludar? Sí señor. Con el mismo original cumplido me abordó el polizonte que me condujo aquí.

Judas. Caballero, tengo una verdadera satisfaccion por haber encontrado á usted.

Federico. No es dificil... desgraciadamente no salgo nunca de casa.

Judas. Y cómo se encuentra usted, caballerito?

Federico. Mal, malísimamente!

Judas. Me parte el corazon.

Federico. (*Ap.*) Este hombre tiene corazon!... Siempre es algo, pero para nada me sirve.—(*Alto.*) A mi vez, caballero, podria yo saber...

Judas. Quién soy yo? Ciertamente, jóven: me llamo Judas Ganzúa y Barrilichi.

Federico. (*Sorprendido.*) Judas... Barrilichi! pero ese es el nombre del bribon que me ha hecho prender...

Judas. El mismo, caballero.

Federico. Y se atreve usted aun á presentarse delante de mí?

Judas. Jóven, usted no adivina ni puede comprender la nobleza de mis intenciones... la santidad de...

Federico. Cómo?

Judas. Sí; he comprado el crédito de usted, lo he hecho protestar, he denunciado á usted á los tribunales, y he pedido su prision...

Federico. Pero eso que usted me dice es el refinamiento de la crueldad y de la desvergüenza.

Judas. Lo cual no impide que sea uno de sus mejores amigos.

Federico. (*Con ironía.*) Sí... no me cabe la menor duda...

Judas. Y ya que no me sea posible escuchar la voz de mi alma sensible, quiero al menos endulzar su esclavitud... Veamos.... qué puedo yo hacer para ello? Quiere usted que le suscriba á los periódicos?

Federico. (*Con enfado.*) No.

Judas. Vamos, preferira usted unas botellas de Jerez, de Burdeos...

Federico. (*Conteniéndose.*) No! — Es decir, sí... (*Impacientándose.*) Pero no, no quiero nada que venga de la mano de usted...

Judas. Ni un jamoncito en dulce!...

Federico. Caballero, puede usted irse á paseo... Me voy por no romperle á usted alguna cosa. (*Vase por el foro.*)

ESCENA IV.

DON JUDAS. *Despues* FELICIANO.

Judas. Cuánto me cuesta tener que escuchar sus maldiciones; pero me costarian mucho mas si lo pusiese en libertad, porque una vez fuera de aquí, llegaría á su noticia la forma en que está redactado el testamento de su tio, buscaría á su primo Feliciano, que sin duda se halla en Madrid, y se reconciliarian cumpliendo la última voluntad del difunto: entonces la herencia se me escapaba de entre las manos, porque la cláusula del testamento está terminante. (*Sacando un papel y leyendo.*) «Si los dos primos Federico y »Feliciano de la Cruz y Robles, que no se han visto »desde su mas tierna edad, y que se hallan separa»dos por desavenencias de las familias respectivas, se »buscan y reconcilian estrechando lealmente su ma»no como buenos parientes, ante el escribano mayor »don Blas de Arias y Conchillos partirán entre ambos »mi herencia, consistente en noventa y seis mil du»ros que tengo impuestos en el Banco, y en varias »casas y haciendas, segun consta mas adelante: si »por el contrario, y despues de tres meses de mi fa»llecimiento, esta reconciliacion notariada no hubie»se tenido efecto, pasará toda mi fortuna por entero »á don Judas Ganzúa y Barrilichi, pariente lejano, á »quien dejo por mi heredero en sustitucion de mis so»brinos.» (*Guarda el papel.*) Mucho sentimiento me causa emplear medios rigorosos con ese pobre muchacho, y mi corazon sufre cruelmente viéndole padecer... pero ¡ay! mi interés lo exige así...

Feliciano. (*Entrando en su cuarto.*) Acabo de encontrarme con mi antipático vecino, y por no chocar me vuelvo á mi cuarto.

Judas. Pues señor, á pesar suyo voy á traerle algunas

cosas para que se regale el estómago: ya las aceptará cuando las vea. (*Vase.*)

ESCENA. V.

FELICIANO.

Pensar que me tienen encerrado por una bagatela, debiendo disfrutar alegremente mi parte de una magnífica herencia! Pero mi amable tio ha hecho un testamento tan estúpido, que su fortuna pasará á un pariente desconocido que vive en provincia, por la imposibilidad en que me encuentro de buscar á mi primo Federico, que, segun dicen, viaja por Italia! mientras yo me desespero aquí encerrado como una fiera. En fin, será destino mio vivir siempre pobre... nada tiene de estraño: soy escritor, soy poeta, y otra cosa sería un absurdo. — Seamos filósofos, y tengamos paciencia... acabo de recibir una carta del escribano don Blas, en que me anuncia que ya que yo no puedo ir á su casa, vendrá él hoy mismo á visitarme. Puede ser que me traiga noticias de mi primo... En el entre tanto que tengo el gusto de verle, vamos á escribir algunos versos. (*Se sienta á escribir.*)

ESCENA VI.

FEDERICO, *entrando en su cuarto.* FELICIANO, *escribiendo en el suyo.*

Federico. (*Alegremente.*) Pues señor, estoy inspirado! (*Tarareando, se sienta al piano y empieza á hacer escalas.*)

Feliciano. Pues señor, está visto, no hay medio de entenderse: hé aquí mi existencia, en tres dias que estoy en esta casa. Maldito piano! Si esto es para volverse loco! (*En el colmo de la desesperacion y paseándose furioso por la habitacion. Federico continúa tocando.*) Sí, sí... aporrea... firme, firme! Si es para romperse la cabeza contra la pared! (*Hablando y*

accionando, en un parosismo de cólera pega con las manos y la cabeza en el tabique que divide los cuartos, practicando en él un agujero, por el que mete la cabeza.)

Federico. (*Interrumpiendo su trabajo y volviendo la cabeza al ruido.*) Quién? Quién es? Adelante.

Feliciano. (*Con la cabeza metida.*) Diablo! he perforado la pared con la cabeza!...

Federico. Qué cabeza es esta que se introduce en mi habitacion sin pedirme permiso? Viene usted á gozarse en mi sufrimiento?

Feliciano. Sufrimiento? Justo, exactamente esa es la palabra...

Federico. Pero, me esplicará usted, caballero, qué quiere decir semejante modo de anunciarse?

Feliciano. Ese maldito piano es el que tiene la culpa, que me produce crispaciones... que me ataca los nervios!... (*Retira la cabeza del agujero, y se retira al estremo opuesto.*)

Federico. (*Metiendo la cabeza por el agujero.*) Y á mí me dán calambres y mareos los malditos y estúpidos versos que usted compone y declama. (*Saca la cabeza y se retira al estremo opuesto.*)

Feliciano. (*Corriendo á meter la cabeza.*) Caballero... usted es un mal educado. (*Saca la cabeza.*)

Federico. (*Metiéndola.*) Y usted un insolente!

Feliciano y *Federico.* Y usted es... Ah! (*Ambos van á meter la cabeza á un tiempo, y en el choque retroceden por la fuerza del coscorron, viniendo á caer el uno en el suelo y el otro en una silla.*)

Federico. (*Ambos llévanse las manos á la cabeza.*) Creo que me ha salido un huevo en la frente!

Feliciano. Debo tener sangre! Sangre!

Federico. Me dará usted una satisfaccion.

Feliciano. (*Viniendo al agujero, pero sin meter la cabeza.*) Cuando usted guste, y como quiera...

Federico. Qué dia?

Feliciano. Me es indiferente.

Federico. Yo calculo salir de aquí, si Dios no lo remedia, dentro de cuatro años á mas tardar.

Feliciano. Y yo dentro de cinco, segun creo.

Federico. Pues bien, de hoy en cinco años...

Feliciano. Convenido: dentro de cinco años, a las doce en punto.

Federico. Corriente.

Feliciano. Ahí va mi tarjeta.

Federico. Y ahí va la mia. (*Cambian las tarjetas por el agujero.*)

Feliciano. Vamos, un duelo para dentro de cinco años... es raro!... la proximidad del peligro no me causa ninguna emocion!

Federico. Haré mi testamento: verdad es que hasta dentro de cinco años no tengo prisa...

Feliciano. A propósito, veamos el nombre de mi enemigo. (*Saca la tarjeta, que ya se habia guardado.*)

Federico. Estoy seguro de que debe tener un nombre tan feo y tan antipático como su figura... de fijo será algun nombre bestial... (*Leyendo la tarjeta.*) «*F. de la Cruz y Robles.*» Calle! pues es mi misma tarjeta la que me ha dado...

Feliciano. (*Lée.*) «*De la Cruz y Robles!*» Pues si es mi tarjeta... Caballero, por equivocacion tal vez me ha dado usted mi tarjeta!

Federico. Lo mismo iba a decirle... (*Cambian otra vez las tarjetas por el agujero.*) Cambiemos pues.

Feliciano. Ahí va!

Federico. (*Leyendo.*) Otra vez!

Feliciano. (*Id.*) Esto es demasiado!

Federico. (*Ap.*) Qué querrá decir esto?

Feliciano. (*Ap.*) Se estará burlando de mí? (*Alto.*) Nos veremos, caballerito, nos veremos.

Federico. Así lo espero, caballerete ó caballerazo!

Feliciano. En el entre tanto tenga usted la bondad de dejarme tranquilo!

Federico. Hágame usted el favor de concederme algunos minutos de reposo; tengo sueño.

Feliciano. Y yo tambien. Si consiguiera dormir un poco! Precisamente hoy me he levantado al amanecer... (*Se tiende vestido sobre su cama.*)

Federico. Procuremos descansar un rato. (*Se tiende tambien sobre la cama: momentos de silencio.*)

ESCENA VII.

LOS MISMOS, *cada uno en su cuarto. Federico se duerme y ronca.* DON JUDAS, *entrando en el de Feliciano, con una cesta.*

Judas. (*Ap.*) Aquí vengo cargado de vituallas: vino, salchichon, empanadas de ternera, jamon en dulce... Me parece que no puede quejarse... Coloquémoslo todo sobre esta mesa, para que su vista le sorprenda. (*Coloca todo lo que trae en la cesta sobre la mesa, despues de poner en ella un mantel.*)

Feliciano. (*Incorporándose en la cama.*) Alguien ha entrado en mi cuarto... (*Tirándose de la cama.*)

Judas. (*Volviéndose al ruido.*) Ah!

Feliciano. Quién es usted? qué es lo que hace aquí?

Judas. Qué veo! no es él! Perdóneme usted, caballero: por lo visto me he equivocado... Creía estar en el cuarto del señor de la Cruz y Robles... Así que, con su permiso... (*Queriendo recoger lo que ha puesto sobre la mesa.*)

Feliciano. (*Impidiéndoselo.*) Despacito, señor mio... Esto será un obsequio que me manda algun amigo, porque no se ha engañado usted, yo soy efectivamente el señor Robles de quien habla.

Judas. Qué disparate! Usted? Si le conozco yo perfectamente! lo que ha sucedido es que equivoqué el cuarto, lo cual no tiene nada de estraño, porque todas las puertas de estas malditas celdas se parecen las unas á las otras. Conque así, me voy á llevar otra vez... (*Queriendo recoger los comestibles.*)

Feliciano. De ninguna manera... Vuelvo á repetir á usted que soy el mismo por quien pregunta.

Judas. Pues yo sostengo todo lo contrario.

Feliciano. Para convencer á usted, hombre testarudo y desconfiado, mire usted el sobre de una carta que he recibido esta misma mañana del señor don Blas Conchillos, mi escribano! ella probará á usted la identidad de mi persona.

Judas. (*Ap. leyendo el sobre.*) Cielos! Feliciano! Soy perdido!

Feliciano. Se convence usted ahora?

Judas. (*Azorado.*) Chit! Silencio... (*Ap.*) El segundo primo!... estamos frescos!... Y yo que hice encerrar al otro aquí!... yo mismo los he colocado el uno al lado del otro!... qué combinacion!... (*Alto.*) Qué diablo ha hecho usted para venir á esta maldita casa?

Feliciano. Esa es la verdadera palabra... maldita... sí, mil veces maldita!

Judas. Pero, qué ha hecho usted?

Feliciano. Unos cuantos chichones de mas en la cabeza de mi casero, que es bastante bruto y mal educado.

Judas. (*Ap.*) Qué hacer, Dios mio! Es preciso decidir alguna cosa!...

Feliciano. Parece agitado! Conmovido!

Judas. (*Ap.*) Ah! qué idea! Jóven, cuál es la profesion de usted?

Feliciano. La de escritor... Soy poeta.

Judas. (*Ap.*) Entonces no me sorprende el verle aquí... (*Alto.*) Conque es usted poeta?

Feliciano. Sí.

Judas. Cuánto es lo que debia usted al casero?

Feliciano. Entre la deuda y pago de costas podrá ascender todo á unos cien duros...

Judas. Y los versos que usted hace, son buenos?

Feliciano. Sublimes! basta que yo lo diga...

Judas. Tiene usted muchos disponibles?

Feliciano. Cómo!... qué quiere usted decir?

Judas. Que si tendrá usted disponibles cien versos.

Feliciano. Pero no comprendo...

Judas. Pues es muy sencillo... que yo los compro, á duro el renglon.

Feliciano. (*Sorprendido.*) A duro! Entonces, amigo mio, puedo proporcionar á usted unos veinte y dos mil.

Judas. No, no... solo necesito ciento...

Feliciano. (*Restregándose los ojos.*) Si estaré soñando...

Judas. Yo soy el amigo de los artistas... y de usted sobre todo... Yo le amo á usted, jóven! yo le admiro gran poeta, y quiero que salga usted de aquí inmediatamente.

Feliciano. Cómo! Pagará usted por mí?

Judas. Mucho mas que eso! Quiero que viaje usted por

el estrangero... que vaya á Italia, la patria de la verdadera poesía.

Feliciano. (*Encantado.*) A Italia!

Judas. Y á mi costa: yo lo pago todo.

Feliciano. Que lo paga usted todo! pero usted no es un hombre, sino un ángel providencial, un Dios!—(*Ap.*) Salud, Apolo! disfrazado y venido á la tierra con nariz de guacamayo y peluca postiza.

Judas. Conque, aceptado?

Feliciano. (*Abrazándole con entusiasmo.*) Que si acepto? Pudo usted dudarlo, rubicundo Febo?

Judas. En ese caso, voy á buscar el dinero; veré al escribano, arreglaré el negocio para que le pongan en libertad, y vuelvo en seguida. (*Vase vivamente.*)

ESCENA VIII.

FELICIANO. FEDERICO. (*Cada uno en su cuarto. Federico continúa durmiendo.*)

Feliciano. Pero, señor, de dónde me viene esta fortuna? Vaya, vaya... ese hombre es un viejo loco y nada mas... habrá querido divertirse conmigo, y yo he sido tan cándido que pude creer!... Pero lo que no tiene duda es este obsequio. Ahora no tengo gana... lo dejaremos para despues... Olvidemos sus estravagancias, y ya que mi vecino parece que está tranquilo, tratemos de descansar un rato! (*Se recuesta en la cama.*)

ESCENA IX.

DICHOS. MATILDE.

(*Asomando la cabeza por la puerta del cuarto de Federico.*)

Matilde. Se puede entrar?

Federico. (*Tirándose de la cama.*) Adelante, amada mia...

Matilde. (*Entra con un ramo de flores en la mano y un papel de música.*) En primer lugar, vengo á traer á usted este ramillete, cuyas flores están cogidas por mi mano, al mismo tiempo que pensaba en usted.

Federico. Angel mio! Cómo podré pagarte tanto esmero y solicitud?

Matilde. Queriéndome mucho!

Federico. Con toda mi alma! (*Federico coloca el ramillete en una jarra, que pone sobre el piano.*)

Matilde. En segundo lugar, como papá me tiene suscrita al Album musical, acaban de traerme este vals á cuatro manos que me ha parecido muy bonito... y le traigo por si quiere usted que lo ensayemos.

Federico. Qué duda tiene? A ver, á ver... (*Tomando el papel de música y colocándolo en el piano.*)

Matilde. Debo advertir que no puedo estar aquí mucho tiempo, porque mi papá me ha dicho que baje al momento...

Federico. Entonces no hay tiempo que perder... Empiezo pues. (*Tocan el vals á cuatro manos.*) Bravo! magnífico! Cuando digo que tienes mucho talento!...

Matilde. El maestro es muy indulgente con su discípula.

Feliciano. (*Que se ha levantado poco á poco antes de la conclusion de esta escena, y se ha puesto á mirar por el agujero.*) Qué música es esta?... Calle! y es la hija del alcaide! es mi ingratilla!

Federico. (*A Matilde.*) Cuánto deseo mi libertad, para voluntariamente volver á esclavizarme!

Matilde. Cómo?

Federico. (*Cogiéndole la mano.*) En cadenas mas dulces, cuando las forja el cariño... las del amor, las de himeneo...

Matilde. (*Tímidamente.*) Mi padre está conforme...

Federico. Pues yo te juro cumplir mi palabra, y tu padre no se arrepentirá por cierto... (*Continúan hablando en voz baja.*)

Feliciano. Pues señor, tambien estoy desbancado por este hombre! Cuando digo que es mi pesadilla!... lo raro es que hace un momento me ha parecido menos mal su piano! Consistirá en que Matilde tocaba tan bien! Con qué espresion diría ella mi cancion á Flo-

rinda! aquí está. (*Cogiéndola de entre los papeles de la mesa, y leyendo.*)

EL MARINERO.

Perdido en la mar bravía,
marinero sin fortuna,
sin esperanza ninguna
lejos del puerto lloré.
Que infiel á mi pasion loca,
para aumentar mi quebranto,
burlóse de mi amor santo
la ingrata á quien adoré.

Federico. Ese es mi insufrible vecino?
Matilde. Pues son bonitos esos versos.
Federico. Verdaderamente que no parecen suyos...
Feliciano. (*Acercándose al agujero y declamando.*)
Florinda fué la que amante,
mintiéndome amor sincero,
si dióme vida primero
la muerte me dió despues.
Y el corazon en pedazos
deshecho al ver su inconstancia,
lo arrojé con arrogancia
por alfombra de sus piés.
Matilde. Bravo!
Federico. Esos versos casi me reconcilian con él. Qué bien casarian en mi zarzuela!
Feliciano. Mil gracias, señorita!
Federico. (*Volviéndose, y por el agujero.*) Vecino, me haría usted el favor de recitar otra estrofa de esa cancion, ó repetir las mismas, á ver qué efecto produce con el acompañamiento de piano?
Feliciano. Con mucho gusto. (*En tanto que Feliciano repite las estrofas, Federico le acompaña: Matilde, que está al lado del piano, dá muestras de aprobacion.*)
Matilde. Muy bien! muy bien!
Federico. Sí, pero son mucho mejores los versos que la música.
Feliciano. Permítame usted; creo que la música esce-

de en mucho al mérito de mi pobre composicion.

Federico. (*Ap.*) Y yo que le hacia la guerra!

Feliciano. (*Ap.*) Dónde habré tenido los oidos para no comprender que era un hombre de mérito! Ah! qué idea! (*Mirando á la mesa en que están servidas las viandas que trajo don Judas.*) Es el mejor modo de reconciliarse...—Vecino! señorita! quisiera merecer de ustedes un favor... y es que me acompañáran á almorzar... Un amigo me ha obsequiado con un estraordinario, y celebraria que participasen ustedes de él...

Federico. Con mucho gusto.

Matilde. Yo tambien aceptaría... pero mi papá tal vez se incomode!

Federico. Por qué? no estás al lado de tu futuro?

Matilde. Eso es verdad!...

Federico. Pues vamos.

Matilde. Vamos. (*Salen del cuarto de Federico para volver á entrar en el de Feliciano; este entre tanto ha puesto la mesa en medio y tres sillas.*)

Feliciano. (*Recibiéndolos.*) Doy á ustedes mil gracias por su amabilidad.

Federico. Nosotros debemos darlas por su atencion.

Feliciano. Me parece que no debemos gastar cumplimientos: la situacion en que nos encontramos prescribe la franqueza... Señorita, este asiento para usted... (*En el centro.*) Desde que sé que ama usted á mi vecino desisto de mis pretensiones, y no quiero ser importuno por mas tiempo.

Matilde. (*Con timidez.*) Caballero!

Feliciano. (*Ap.*) Silencio! Vamos, amigo... Sirva usted á esta señorita, en tanto que yo destapo esta botella. (*Federico sirve en los platos. Feliciano escancia vino: comen y beben.*)

Federico. Y yo que detestaba á usted!

Feliciano. No hacia usted mas que pagarme.

Federico. Caballero, yo soy músico...

Feliciano. Y yo autor y poeta...

Federico. Siempre á sus órdenes...

Feliciano. Deseando que me ocupe en su servicio...

Matilde. Pues creo que ambos pueden ustedes ser útiles el uno para el otro.

Federico. Como?

Feliciano. Veamos!

Matilde. Muy sencillo: escribiendo una zarzuela.

Federico. Es cierto.

Feliciano. No tiene duda.

Matilde. Y de este modo harán ustedes menos tristes las horas de su prision.

Federico. Criatura encantadora!

Feliciano. Idea peregrina!

Federico. Yo que iba á caza de un buen libreto!

Feliciano. Y yo de música para mis versos!...

Matilde. Conque está convenido?

Federico. Sí, sí, y contigo, hermosa Matilde, ensayaremos el efecto de las piezas...

Matilde. No tengo inconveniente tampoco.

Feliciano. Hagamos un juramento.

Federico. Cuál?

Feliciano. No salir de esta casa, aun cuando nos pongan en libertad, hasta que hayamos concluido nuestra obra.

Federico. Lo juro por la sombra de Bellini.

Feliciano. (*Con gravedad cómica.*) Y yo por la del Petrarca!

Matilde. (*Levantándose.*) Siento, amigos mios, tener que dejar á ustedes, pero debo marcharme... mi padre me habrá echado ya de menos... Vaya, adios, amigos, hasta luego.

Federico. Yo tambien me voy; quiero poner en órden las fusas y semicorcheas. Venga esa mano. (*Dándosela á Feliciano.*) Desde hoy, amigos para siempre!

Feliciano. Hasta la muerte. (*Vanse. Federico entra en su cuarto, se sienta al piano, arregla los papeles, escribe música, etc. Feliciano recoge los manteles y el servicio en la cesta, y se sienta en su mesa tambien.*)

Feliciano. Pongamos tambien en órden las escenas que tengo ya escritas. (*Pausa.*)

ESCENA X.

LOS MISMOS. DON JUDAS, *entrando en el cuarto de Feliciano.*

Judas. Ya estoy aquí de vuelta.

Feliciano. Calle! y yo que no me acordaba ya de semejante hombre!

Judas. Ya traigo la órden de libertad. Pronto, recoja usted la cartera, los libros y los papeles, y partamos.

Feliciano. Cómo! partir?

Judas. Es claro... para la hermosa Italia. A las cuatro en punto sale el tren de Aranjuez... ya tengo el billete en el bolsillo... irá usted por Valencia, Barcelona y Marsella.

Feliciano. Pero, habla usted formalmente?

Judas. Quién lo duda?

Feliciano. Pues amigo, siento decir á usted que he cambiado de idea.

Judas. Cielos!

Feliciano. No parto ya.

Judas. Pero, jóven... eso no es posible! Cuando ofrezco á usted un porvenir brillante... Cuando me sacrifico por...

Feliciano. Basta... Tengo cierto negocio al presente que no puedo abandonar... además, me liga un juramento...

Judas. Pero, señor, esto es para volverse loco... Qué partido tomar? (*Ap.*) Es necesario separarlos á toda costa... Ah! me ocurre otra idea! Pongámosla en planta... al momento. (*Coge el cesto de la comida, y sale precipitadamente.*)

Feliciano. Y se va sin despedirse!... Adónde corre de esa manera?... Positivamente está loco! Vaya con Dios... al fin me he desembarazado de él. (*Se sienta en la mesa y escribe.*)

Judas. (*Entrando en el cuarto de Federico.*) Ya estoy aquí.

Federico. Otra vez?

Judas. Sí, mi querido amigo; soy yo, que vengo á ofrecer á usted una magnífica comida, y la libertad...

Federico. De veras? Si la comida está en ese cesto, me parece que el ofrecimiento viene tarde, porque reconozco las cabezas de los sarracenos que asoman por entre la servilleta!

Judas. (*Muy azorado y sin comprender*.) Yo soy el amigo íntimo de todos los artistas de talento, y quiero colocar á usted en camino para que haga fortuna. A las cuatro en punto sale el tren de Aranjuez, y en él puede usted partir... Deseo que vaya á Italia... al pais de la música, de la armonía... Yo lo pago todo, yo me encargo de todo...

Federico. Pero, habla usted con formalidad?

Judas. Cómo que si hablo con formalidad?

Federico. Conque me quiere usted enviar...

Judas. A Italia... á la bella y poética Italia.

Federico. Pues amigo, doy á usted gracias... pero rehuso.

Judas. Imposible! no puede usted rehusar!

Federico. Tengo un negocio que me lo impide.

Judas. Le suplico á usted...

Federico. Me liga un juramento!

Judas. (*Ap*.) Tambien este! Dios mio! (*Desesperado*.) Jóven, no resista usted mas á mi súplica...

Federico. Es inútil.

Judas. Se lo pido de rodillas.

Federico. Pero, qué quiere decir esto? Semejante empeño!... Quiere usted dejarme en paz?

Feliciano. (*Levantándose y escuchando*.) No me engaño! es la voz del viejo loco que disputa con mi vecino...

Judas. (*De rodillas*.) Por lo que mas ame usted en el mundo.

Federico. Esto es ya una impertinencia.

Feliciano. (*Por el agujero*.) Qué es eso, vecino?

Federico. Oh querido amigo! Venga usted pronto: necesito del socorro de usted...

Feliciano. De mi socorro? allá voy corriendo. (*Sale precipitadamente de su cuarto y entra en el de Federico. Don Judas se levanta*.) Qué es lo que sucede aquí?

Federico. Que este hombre me abruma, me marea con sus obsequios y atenciones, me dá la libertad, paga mis deudas...

Feliciano. Pues es una proposicion que se debe aceptar...

Federico. Aceptar?

Feliciano. Naturalmente.

Federico. Es que quiere enviarme á viajar á Italia, y á su costa.

Feliciano. Y por qué no complacerle?

Judas. (*Frotándose las manos.*) Magnífico!

Federico. Cómo! Y mi autor me aconseja?...

Feliciano. Sí, querido amigo, porque este hombre incomparable acaba de hacerme la misma proposicion, que yo rehusé tambien, pero ahora que veo que partiremos juntos...

Judas. (*Asustado.*) Cómo juntos?

Feliciano. Sin duda.

Federico. Entonces... Qué alegría!... Sí, partiremos... pero no solos, porque Matilde se vendrá con nosotros. Quiere decir que no saldremos hoy: se necesitan tres ó cuatro dias para arreglar mi casamiento... quiero cumplirla mi palabra.

Feliciano. Me parece bien! Yo seré el padrino... Gracias, hombre generoso! (*Abrazándole.*)

Federico. (*Id.*) Gracias, incomparable Fénix de los amigos.

Judas. Qué contratiempo!

Feliciano. Qué alegría! Cuando acabemos nuestra obra, y veamos en los carteles «La zarzuela nueva, original del señor de la Cruz y Robles, y el señor...»

Federico. No, permítame usted... Va primero siempre el nombre del autor de la letra...

Feliciano. Pues bien, por eso mismo.

Federico. Es que ha dicho usted de la Cruz y Robles...

Feliciano. Porque ese precisamente es mi apellido.

Federico. El apellido de usted! Calle! pues tambien es el mio!

Feliciano. Qué casualidad!

Federico. Sería usted tal vez Feliciano!

Feliciano. Y tú Federico!

Federico. Mi primo!

Feliciano. Primo mio! (*Se abrazan.*)

Judas. Se cayó la casa encima! Adios, herencia!

Federico. Qué alegría!

Feliciano. Haberte encontrado al fin! Si esto es providencial!

Judas. Sí... y yo el agente de esa providencia.

Federico. Qué le pasa á usted, que tiene esa cara tan compungida, don Judas Ganzúa y Barrilichi?

Feliciano. Don Judas? El señor es don Judas! Vamos, ya comprendo! el heredero de nuestro tio en sustitucion nuestra!

Federico. El bribon que me ha hecho encarcelar!

Judas. (*Ap. asustado.*) Dios me saque con bien!

Feliciano. Merece una paliza!

Federico. Sí, sí. Vamos á colgarle de la ventana.

Judas. (*De rodillas.*) Señores! piedad... compasion... misericordia...

Feliciano. No hay piedad...

Federico. A la picota con él...

ESCENA XI.

DICHOS. MATILDE.

Matilde. (*Entrando.*) Haya perdon... mi intercesion le salve!

Federico. Eso le vale... que sino...

Matilde. Señor don Feliciano, en la sala de audiencia espera á usted el escribano don Blas Conchillos: ya han cubierto en el libro de entradas las partidas respectivas de uno y otro. Están ustedes libres.

Feliciano. (*Con alegría.*) Ya somos ricos! ya somos felices!

Federico. Vamos inmediatamente á presentarnos á tu padre: dentro de ocho dias se verificará la boda... y para que vea usted cuál es nuestra generosidad, señor don Judas, se le abonará á usted no solo el crédito que compró para perjudicarme, sino mil duros mas de regalo.

Judas. Mil gracias, señores. (*Ap.*) No esperaba yo salir tan bien librado... Al fin son mi sangre, aunque algo deteriorada...

Federico. Ahora podemos decir nosotros con el refran: *No hay mal que por bien no venga.*

Matilde. El gozo apenas me esplico,
que el casarme me acomoda.
Pero aunque el novio sea rico,
una palmada os suplico
como regalo de boda.

FIN DE ESTE JUGUETE.

Madrid 11 de Setiembre de 1856.=Conforme con el dictámen del Censor Excmo. Sr. D. Pedro Gomez de la Serna, puede representarse este juguete lírico en un acto titulado «No hay mal que por bien no venga.»= El Gobernador, *Alonso Martinez.*

TRES NOCHES DE AMOR Y CELOS.

NOVELA ORIGINAL,

POR

DON LUIS MARIANO LARRA.

TOMO I.

MADRID: 1855.